

lo más majo y prencipal; birlochos por todas partes, tiendas á manta de Dios... de Dios... Vamos, que el verlo pasma y atontece al hombre... al hombre... Padre: dirá usté á don Román que en su día cumpliré con él como un caballero... caballero; pues el darlo él de por sí como un regalo por mi bien, no es decir que yo no lo deba delante de la cara de Dios... de Dios...»

—Etcétera, etcétera, etcétera—interrumpió don Román, que no gustaba de alabanzas, y mucho menos donde la gente las oyera:—lo esencial es que ha llegado bueno; y lo que has de pedir á Dios, es que el pobre chico no sufra un amargo desengaño de la suerte.

—Que todo podría ser,—objetó el de la carta.

—¡Se ven tantos de esa misma procedencia!

—Tampoco faltan afortunados, don Román.

—¡Qué pocos son! Grandes, inmensos beneficios debe esta provincia al dinero de América; hijos cuenta entre los que allá labraron su fortuna, que son verdaderas glorias, no ya de sus familias, sino de su patria; pero ¡qué caro lo ha pagado ésta! Con el ejemplo de estos hombres, que yo admiro y pongo sobre mi cabeza, ¡cuánto iluso ha perecido en el mayor desamparo, y cuánto mentecato ha vuelto sin fe, sin conciencia, sin afectos, corrompido el corazón é inculto el entendimiento!... Y vaya aho-

ra una noticia de las gordas que os gustan. ¿Sabéis vosotros qué cosa es el Canal de la Mancha?

—Pues el Canal de la Mancha—dijo Toñazos,—bien claro se declina ello de por sí... Un canal, á modo del de Castilla, que estará, si á mano viene, en tierra de manchegos.

—Nada de eso: el Canal de la Mancha es un mar.

—¿Un mar mayor?

—¿Qué más da que sea mayor ó que sea menor? Es un mar en toda regla, colocado entre Inglaterra y Francia, y mar muy bravo, por añadidura.

—Bien: ¿y qué?

—Actualmente llegan ferrocarriles á una y á otra orilla; y los viajeros, dejando los coches de los trenes, embárcanse en vapores combinados con ellos, y pasan el mar, y vuelven á meterse en el tren que les aguarda á la otra parte.

—Corriente: ¿y qué?

—Que esto no es cómodo, además de ser muy peligroso en ciertas épocas del año, cuando el mar se embravece...

—Claro está que sí.

—Por lo cual se trata ahora de que los trenes pasen el Canal de parte á parte.

—Quiere decirse que harán barcas grandes,

de modo que puedan llevarse á la otra banda el tren entero y verdadero. Pues eso, don Román, aquí lo hacemos todos los días con los carros en la barca de la *Pasera*.

—Ya; pero como, en ese caso, sobrarían los trenes ó sobrarían los barcos, porque el procedimiento, sobre complicado, sería más peligroso...

—Pues ¿de qué se trata?

—Se trata de que pase el tren por debajo del agua.

—¡Á tu abuela con eso!

—Os digo que sí.

—¡Que á tu abuela con eso, hombre!

—¡Y dále, mastuerzos! Os repito que es posible... y cierto.

—Pero, don Román, ¿cómo ha de pasar un tren por debajo del agua sin que se ahogue el insuncorda que vaya adentro?

—Abriendo un túnel, es decir, un agujero por debajo del suelo de la mar.

—¡Anda, hijo, anda!... sobre echarlas, gordas, que se vean bien... En primeramente, señor don Román, las mares mayores no tienen *calo*, ni ha habido cristiano que se le alcuentre.

—Pues, señor Chisquín, ha de saber usted que ignora muchas cosas, aunque no lo crea así, y entre otras, que la mar tiene suelo, y muy á la vista, y que esto lo saben cuantos andan

sobre ella y todos los que no andan, con tal que tengan sentido común.

—Y aunque haya ese suelo, siquiera por no desmentirle á usted, ¿quién es el guapo que le juriaca, sin más ni más? ¿qué come? ¿qué bebe? ¿cómo alienda?

—¿Qué come, qué bebe y cómo respira un minero en Reocín ó en Mercadal? Una vez debajo de tierra, ¿qué más da tener encima una montaña que la mar?

—Y el traqueteo del agua ¿no es nada? y el peso de los barcos ¿es maquilero de poya? Le digo á usted... que á tu abuela con la *choba*.

—Eso decíais cuando aquello otro que os conté del Canal de Suez... y ya os he leído cómo es obra que se da por terminada.

—Pero hombre, al cabo, al cabo, aquello, si mal no recuerdo, era muy diferente: mar acá, mar allá y tierra de por medio. Pues, señor, que queremos abrir una sangría pa que las aguas se junten; pues cava, cava, y ajonda, ajonda. Que no basta un hombre: se ponen ciento, ú, pinto el caso, un millón; y la cosa se hace, porque se trabaja á la cara de Dios y á la luz del día... eso, si es que á la fecha se ha hecho, porque de lo que dicen papeles y yo no veo por mis ojos, no fío dos bisanes.

Á todo esto, Patricio Rigüelta tecleaba mucho con los dedos delante de la nariz, y con

gestos muy expresivos, hablaba bajito á unos cuantos que le escuchaban con avidez. Uno de ellos, más vehemente ó más curioso, no pudo contenerse y preguntó en voz muy alta á don Román:

—Y ello ¿qué hay de cierto en lo que aquí se nos rifiere?

—¿Qué se refiere ahí?—preguntó á su vez don Román, frunciendo el ceño, porque se temía siempre alguna imprudencia del intrigante Rigüelta.

—Se rifiere que en Madrí anda la cosa mal, y que si va de la que va, no queda rata que lo cuente. Dicen que un general se ha soliviantao á las puertas del mesmo palacio, y ha pedío la cabeza de la reina... y en fin, horror de cosas.

—Diré á usted, señor don Román: yo he referido...

—No hay nada que referir, señor Patricio.

—Perdone usted, señor don Román: cuando las cosas toman viso...

—Bolas de periodistas hambrientos; deseos mal disimulados... Y por último, ya sabe usted que he prohibido solemnemente que en mi cocina se hable de política, ni se mencione cosa que con ella se roce...

—Es que el caso es ahora muy diferente. La noticia la trajo ayer el Estudiante...

—¡Buen conducto!

—No debe ser malo, porque viene echao por el Gobierno.

—¡Gran cosa nos regala el Gobierno!

—Cogiéronle con otros compañeros... á lo que él refirió al mi hijo, que sabe usted que es también medio estudiante y muy amigo suyo; y por no echarlos á Ceuta, mandáronlos cada uno á su pueblo... ¡Tremenda dice que la tuvo ayer tarde con el señor cura al encontrarle en Carrascosa, al auto de eso!... Porque como él viene tan confiado en que van á triunfar los suyos...

—¿Vuelta otra vez, señor Patricio?

—Es la noticia, señor don Román.

—Pues por lo mismo.

—Será probeza mía, pero no acabo de atinar por qué no hago bien en darla.

—Porque no nos hace falta en Coteruco... porque confite á confite se hacen los niños golosos; y esa y otras y otras noticias semejantes, unas veces falsas y otras ciertas á medias, son los confites de la política en estas apacibles soledades adonde no han de llegar los rayos, por mucho que truene en Madrid.

—Pero el saber un poco de todo no daña...

—No, cuando lo poco es bueno; sí, cuando lo poco es malo, y tal vez falso, y desde luego incomprendible para estas sencillas gentes, como lo que usted ha referido.

—Pues yo creía que un labrador también es hijo de Dios, y podía, si á mano viene, entender de esas cosas... y hasta llegar á manejarlas en su día.

—La dificultad no está en creer, señor Patricio, sino en tener razón. Yo os he explicado una vez el procedimiento que se usa en ciertas industrias bien dirigidas. Uno hace ruedas, otro tornillos, otro muelles, otro agujas, otro esferas, otro cajas y otro monta el reló, eligiendo lo mejor de cada pieza. De este modo se forma una máquina que marca las horas con una precisión asombrosa. Pero si el de los tornillos, en vez de hacerlos bien, se mete á fiscalizar al que hace ruedas, ó el de las ruedas usurpa sus atribuciones al de las cajas, ó todos aspiran á montar relojes sin construir buenas piezas, la máquina no se moverá, ó andará como cabeza de loco. No es otra cosa una nación. Mientras el sabio estudie, y el zapatero haga zapatos, y el labrador cultive la tierra, un niño puede encargarse del gobierno de todos los pueblos; pero si el zapatero aspira á general, y el labriego tosco á pronunciar discursos y á desentrañar los misterios de la política, y el saca-muelas á presidir el Gobierno, y todos los ciudadanos á ser ministros, el Estado no tendrá pies ni cabeza... y á las pruebas me atengo. Esta es mi convicción arraigada. Por las

noticias al menudeo, se llega á los comentarios; por los comentarios, á la disputa; por la disputa, á la pasión, y por la pasión, al olvido de los deberes propios. La educación, el talento natural y otras mil causas providenciales, pueden, enhorabuena, hacer de la madera de un rústico labriego un gran legislador; pero esta preeminencia no se adquiere manejando la esteva, y algo la revela que yo no he visto todavía lucir en la frente de ninguno de mis convecinos de Coteruco, ni la espero á merced de cuatro noticias de otros tantos sucesos políticos, ó de media docena de discursos de un estadista vulgar, ó de un novelero ambicioso y desautorizado. Por esto, señor Patricio, y mucho que se le parece, he desterrado de mi tertulia todo género de noticias que con la política militante se rocen, como se roza la que usted ha traído. Lo que fuere sonará, y entonces sabremos lo que ha sucedido, y estas sencillas gentes harán lo que hoy: obedecer al que mande, y trabajar en sus haciendas para llenar el desván de panojas y el pajar de buena yerba.

—¡Esa es la fija!—gritó Gorión.

—¡Cabales!—respondió á coro la tertulia.

—Pues caballeros—dijo entonces Rigüelta con más despecho que convicción,—que no valga lo dicho, y si esto ha sido guerra, que nunca haya paz.

Mientras éstas y otras cosas de parecido jaez ocurrían en la cocina, en el salón situado enfrente de ella, es decir, al otro extremo del corredor, á la luz de un quinqué de porcelana, colocado sobre una mesita cubierta con pintoresco tapete, agrupábanse tres mujeres alrededor de un brasero de bruñido azófar.

Una de ellas, en la plenitud de su primavera, bordaba la cifra de un pañuelo blanco, recostada con indolencia entre el velador y el respaldo de la silla en que se sentaba. Á su izquierda y metiendo por las brasas los anchos pies embutidos en enormes zapatillas de cintos negros, acomodábase la segunda, mujer más que cincuentona, con todo el pelaje de un ama de gobierno, morena y vulgar de faz, pobre y seca de carnes, de cabello entrecano, y muy rebujado el busto en chaquetas y mantones. Aunque tenía espejuelos sobre la nariz, no daba puntada en su labor sin arquear las cejas y entreabrir la boca, señal de la torpeza de su vista, cuando no de la pesadez del sueño que la perseguía. Enfrente de estos dos personajes, la medio descoyuntada en otra silla, hacía media una mocetona robusta y colorada, entre cuyos dedos callosos y amoratados apenas se veían las gruesas agujas de acero; bregaba con ellas para enfilear el punto que la preocupaba; pero el sueño podía más que su voluntad, y por

cada arremetida á la tarea, daba tres cabezadas al aire. De vez en cuando se estremecía la quintañona, clavaba la aguja en la tela, empuñaba la badila y echaba una firma en el brasero.

Volviendo á la joven que bordaba, sépase que, sin ser su rostro hermoso en la acepción clásica de la palabra, era por todo extremo interesante, gracioso y atractivo; ligeramente moreno el cutis, negros los ojos, negras, bastante espesas y primorosamente perfiladas las cejas; negro, lustroso y abundante el cabello; tersa y elevada la frente, aguileña la nariz; sana, menuda y apretada la dentadura, y un tanto gruesos los labios, pero húmedos y sonrosados, con los cuales parecían vivir los pícaros ojos en maliciosa inteligencia, expresada en una perpetua sonrisa, cuya pimienta eran dos hoyuelos que se marcaban cerca de las mejillas. Las manos eran pequeñas, blancas y rollizas; los pies, á juzgar por el que se entreveía, blandamente apoyado sobre la caja del brasero, dignos de las manos, y el busto no carecía de ninguna de las curvas y redondeces que exige la arquitectura femenil al uso.

Ya supondrá el lector, sin que yo se lo diga, que esta joven era la hija de don Román Pérez de la Llosía, y sirvientas suyas las otras dos mujeres. Añadiré que la joven se llamaba Mag-

10482

dalena; la quintañona, Narda, y Sebia la mocetona; que Narda había zagaleado á Magdalena después de haber amamantado á su madre, y era, á la sazón, su criada de confianza, su auxiliar indispensable en toda clase de faenas domésticas, y hasta su mejor y quizás única amiga, y que Sebia valía para poco más que arrimar los pucheros á la lumbre.

Era el salón muy grande, á la usanza de los de todas las casas de campo montañesas, de fines del siglo pasado y comienzos del actual. En el muro testero veíase una Purísima, que no era un primor de arte, ni mucho menos; á la derecha de este cuadro, el retrato de don Román, y á su izquierda, el de su difunta y nunca bastante llorada compañera; ambas pinturas obra, al parecer, del mismo pincel que la Virgen; en las demás paredes, la historia de Moisés, en grandes litografías iluminadas, con marcos dorados. Completaban el adorno del salón un sofá de caoba con rojos almohadones sobrepuestos, las sillas correspondientes, una consola con floreros, candelabros, un estuche de lujo con incrustaciones doradas, y una gran bandeja, en los sitios de rigor; un reló de música, con enorme caja de cedro, enfrente de la Purísima, y por último, un piano, de los llamados verticales, enfrente de la consola.

Y no se asuste el lector por esto del piano,

y por tratarse de una doncella, hija de un labrador rico, que borda y medita en una noche de invierno en un caserón de aldea. No voy á hablarle ¡líbreme Dios de ello! de esos lirios de valle, ridículamente sensibles, que lloran con las flores y hablan con las golondrinas, y se escapan con el primer duque disfrazado de cazador, que las sorprende triscando con los borregos ó apagando la sed en el cristal de la fuente.

En cuanto Magdalena cumplió ocho años, fué puesta por su padre en un afamado colegio de la ciudad, con objeto y encargo de que aprendiera todo lo necesario y lo menos inútil de lo superfluo; y como don Román entendía que la música es el mejor compañero en la soledad, y no desconocía que una joven acostumbrada al ruido de la ciudad había de echarle de menos en el aislamiento de su aldea, sabiendo que Magdalena, por su consejo, había aprendido á tocar el piano, llevó uno á Coteruco cuando su hija, sin cumplir los quince años, volvió á su lado poseyendo cuantas prendas se necesitan para encargarse del gobierno de una casa.

Por cierto que la primera vez que sonó el instrumento en aquella patriarcal aldea bajo los ágiles dedos de Magdalena, produjo un alboroto en el vecindario. Acercáronse de pun-

tillas á la sala los asombrados tertulianos de la cocina, en cuanto le oyeron, y al otro día no se habló de otra cosa en Coteruco.

—Pues ello—decían los que habían visto y oído el portento por la noche, respondiendo á los que les pedían informes sobre el caso,—es á manera de órgano: primeramente, un cajón muy grande y muy reluciente, onde paece ser que está metida la música; después, una delantera, como la tabluca de un vasar; y allí, con los deos, tecleo arriba y tecleo abajo... y lo demás ello suena de por sí.

Desde entonces se llamó en el pueblo á la hija de don Román, la *Organista*.

Por lo demás, nunca pasó Magdalena de ser una muchacha como todas las de su edad y de su educación; alegre á ratos, á ratos no tan alegre; bastante afecta á su pueblo, pero no tanto que no hubiera oído con mucho gusto de los labios de don Román la noticia de que pensaba trasladar sus penates á la ciudad; piadosa sin gazmoñería, caritativa sin tasa, creyente á puño cerrado; de alma sencilla y recta, sin dudas ni lobregueces racionalistas ni otras inverosimilitudes de culta marimacho; más dada á la amena literatura que á meterse en nebulosas metafísicas, cuando se trataba de recrear el ánimo; un poco desigual de letra, algo peor de ortografía, y amante de su padre

hasta donde puede serlo la mejor de las hijas; pero sin haber contraído compromiso formal de no separarse de él cuando un buen mozo, con las demás condiciones apetecibles, entrase por el corral á pedir su mano en toda regla.

Tomándolo por barruntos de semejante cosa, Narda se empeñaba aquella noche en que Magdalena andaba pensativa y cavilosa desde meses atrás; pero la doncella lo negaba, y para afirmar la una y para negar la otra, aprovechábanse los momentos en que la mocetona cabeceaba. Al cabo la abatió el sueño por entero, cruzáronse, desmayadas, sus manos sobre el regazo, desplomóse su cabeza sobre el pecho, comenzaron los ronquidos, y dijo Narda á la doncella, sin perder de vista á la durmiente:

—Desengáñate, Magdalena: los años son grandes maestros: yo tengo algunos sobre mi vida, y me han enseñado mucho. ¡Lo que á mí se me escape!...

—¡Y dale con el tema!—replicó Magdalena, no tan enfadada como quizás hubiera querido ponerse.—¿No te he dicho cien veces que nada nuevo me pasa?

—Pero como yo no lo creo...

—¿Y tengo yo la culpa de que seas necia, y porfiada, y aprensiva?

—Pero como no soy aprensiva, lo que resul-

ta es que no soy necia ni porfiada, y que tú te recatas de mí... y que eso no está bien hecho. Mira, hija mía, lo que más cuesta ocultar es el sentir del corazón; y el tuyo, créeme, te vende muy á menudo.

—¿En dónde?... ¿Cuándo?...—preguntó Magdalena visiblemente alarmada.

—¿En dónde?... En la iglesia. ¿Cuándo? Todos los domingos.

Al oír esto, pintáronse de subido carmín las mejillas de Magdalena, y en vano volvió la cara á la sombra, y hasta quiso hundirla en el pañuelo que bordaba.

—¿Lo ves?...—insistió Narda inexorable.—Pues lo mismo que esas rosas ahora, te salen á la cara los pensamientos á cada instante. Escúchame. De meses acá, reparo, cuando estoy en misa junto á tí, que hay en la iglesia un santo de carne y hueso á quien tienes más devoción que á los del altar.

—¡Narda!

—Sí, hija mía, es un galán, forastero por más señas, que ha dado en la flor de venir á Coteruco á oír misa, acaso por devoción también á alguna otra imagen en cuerpo y alma...

—¡Tienes unas ocurrencias!...

—Mejor ha sido la tuya... Y cuando ese galán te mira, parece que te roba los ojos que tienes puestos en el devocionario, y te los va

levantando poco á poco hasta que se clavan en los suyos.

—¡Qué aprensiones!

—¿Aprensiones, eh? Y después, cuando sales, te espera enfrente de la puerta, y sigue mirándote... y hasta te saluda, y tú también le miras... ¡y hasta te sonríes, mujer!

—Narda... ¡yo no hago esas cosas!

—¡Miren la escrupulosilla!... ¡Ni aunque el caso fuera mancha de pecado mortal!... Lo haces, Magdalena, y bien hecho está, ¡qué diantre! que, después de todo, el mozo no es costal de alubias. ¡Vaya si es galán y bien portado! Pues en cuanto á bien nacido...

—¿Todo eso sabes, Narda?—exclamó Magdalena riéndose.

—¡No he de saberlo, hija mía?... ¡y mucho más!

—Pues ya sabes más que yo.

—Bien pudiera ser así, que á tiempo y con pulso tomé lenguas de lo que era menester.

—¿Y qué supiste, Narda?

—¡Hola! ¿pícate la curiosidad? Pues ¿por qué te roe ese gusano, si no ha y nada de lo dicho?

—Por admirar el arte con que vas haciendo una montaña de lo que ni siquiera es grano de arena.

—¡Ay! si mío fuera ese grano, y de oro fino además, ¡qué buenas Indias tuviera yo!

Esto dicho, miró Narda á Sebia.

—Hace rato que duerme; no te cuides de ella,—dijo Magdalena adivinando la intención de Narda; á lo que añadió ésta con mucho retintín:

—¡Vaya, que en todo estás!... ¡Buen grano es ese para mi montaña!

—¡Maliciosa!

—¡Cicatera!... Merecías que no te lo contara.

—Sí tanto lo encareces, cállalo, Narda; que al cabo, nada me va en ello.

—¿De veras?... Pues en castigo de tu disimulo, voy á aburrirte con la noticia. ¿Sabes á Sotorriva?

—Nunca allá estuve; pero sé que es el último pueblo del valle, de la parte acá del río.

—Así es. Pues en Sotorriva hay un caballero muy pudiente, cristiano viejo y más noblajón que el Cid. Ese caballero se llama don Lázaro de la Gerra, y tiene un hijo, fuerte como un roble, derecho como un huso, suelto como un corzo, fino como la seda, más galán que don Gaiferos, de hablar más dulce que un romance, y más listo que la pimienta; corrió muchas tierras y estudió en muchos libros; un año há que tornó al valle... y siete meses que oye misa en Coteruco. Llámase don Álvaro, y lo demás lo sabes tú mejor que yo... ¿Aburrióte la

noticia, Magdalena? ¡Por Dios que cualquiera juraría lo contrario, al ver cómo se te fruncen los soles de la cara y se te ahondan los hoyuelos de las mejillas!

Y era verdad que Magdalena sonreía con más expresión que de costumbre, y, olvidada de su labor, no apartaba sus ojos de los de Narda, mientras ésta le daba los prometidos informes. Hubo unos instantes de silencio; y dijo luégo Magdalena, trocando su sonrisa en expresión de alarma:

—¿Sabes qué pienso, Narda?

—Mejor es que me lo digas, para que yo no me equivoque también en el supuesto.

—Pues pienso si á mi padre le habrá entrado la misma aprensión que á tí.

—¿Todavía las aprensiones?... Tu padre, Magdalena, oye misa muy delante de nosotras, y tiene su devoción sobrado arraigo para que se la roben miradillas de enamorados. Pero ya que á tu padre traes á cuento, bueno es que no olvides lo que le debes... quiero decir, que no vayas muy allá en esos amoríos sin su consentimiento; no es hurón ni asombradizo, ni se apartará nunca de lo que sea regular... y sobre todo, es tu padre, y á más, honrado y caballero, y te tiene en las niñas de sus ojos.

—Sano es el consejo, como tuyo, Narda; pero, créeme, no le necesito por ahora.

—¡Por vida de los fingimientos!... Pues mira, Magdalena —añadió la cariñosa Narda, hondamente resentida del tenaz disimulo de la doncella,—quien así niega la verdad á quien diera la vida por ahorrarle una pena, no va con la ley de Dios. Eso es mentir, y mentir sin necesidad, que es la única mentira que no tiene perdón.

—No te enfades, Narda, ni te resientas—repuso Magdalena, mirando con ternura á la buena mujer,—y ponte en lo justo. Aunque todo eso que tú has visto lo hubiera visto yo también, ¿qué es, en substancia, para darlo visos de formalidad? ¿Qué proyectos he de alzar sobre ello, que no sean temerarios y hasta reprensibles á tus mismos ojos? Que un joven forastero oiga misa en este pueblo; que alguna vez me mire en la Iglesia ó al salir de ella; que la curiosidad... ó la simpatía, me arrastre á mirarle también de vez en cuando; que por cortesía se descubra delante de mí, y que por atención le devuelva yo el saludo... ¿qué vale todo esto?

—Eso, de por sí, ya es algo, Magdalena, porque hay muchos modos de mirar y hasta de quitarse el sombrero; pero aunque nada fuera, para llegar á ello se ha pasado por otra cosa; y eso es lo que yo no sé.

—Pues vas á saberlo ahora mismo, Narda,

para que no vuelvas á tomar por disimulo lo que es prueba de cordura.

En esto, Sebia, como buque en marejada, después de haber estado largo rato balanceándose de medio arriba, pegó una arremetida hacia adelante, faltóle apoyo y dió con las manos en la ceniza del brasero.

—¡Malos demónchicos pa el sueño, que no me deja en paz esta noche!—murmuró, incorporándose y recogiendo del suelo la media y el ovillo de algodón azul.—Dígote que si no me agarro á la ceniza, meto los bocicos en la lumbre.

—Merecido lo tenías, ¡marmotona!—díjole Narda con ira, no sé si porque la moza había interrumpido el diálogo en lo más interesante, ó por lo que aparentaba, mientras Magdalena se reía del lance como una chiquilla.

—Lo que digo yo—replicó Sebia,—es que si esta noche se hubieran leído historias, ó nos hubiera tecleao el peano la señora, ó usted nos hubiera relatao romances, como otras veces, no me durmiera yo; pero están ahí sin decir *jos ni muste* las horas del Señor... Siquiera me hubieran tomao la lición de cartilla...

—En verdad que para lo que adelantas... No sé cómo no se la acaba la paciencia á la señora. Tres meses hace que andas en el silabario, y todavía dices: *s, i... so*.

—De modo y manera que naide nace enseñao; y la que nunca las vió más gordas...

En esto dieron las nueve y media en el reló de música, y comenzó el desfile de los tertulianos de la cocina. Cuando salió el último y se trancó la portalada, entró en la sala don Román seguido de tres mocetones, sus criados de labranza.

—¿Estáis prontas?—preguntó.

—Cuando usted quiera,—respondió su hija levantándose, en lo que la imitaron las criadas.

Tomó cada cual su rosario, sacándole unos del bolsillo y quitándosele otros, como los criados, del pescuezo; hincóse de rodillas don Román junto al sofá, delante de la Purísima; arrodilláronse también los demás; y amos y criados confundidos en un solo grupo, en la pieza más respetada de la casa, dióse comienzo á ese piadoso ejercicio, tan arraigado todavía, por fortuna, en las costumbres domésticas de la familia montañesa. En concepto de la aprensiva Narda, jamás clavó Magdalena los ojos en la Virgen con más fervor que aquella noche.

Concluído el rosario, como en casa de don Román se cenaba al anochecer, cada cual se retiró á su habitación; no sin haber apagado antes la cuidadosa Narda la lumbre de la cocina y las ascuas del brasero, y puesto en ma-

nos de su amo un farol, limpio y brillante como la plata.

Alumbrándose con su luz, recorrió don Román toda la casa; bajó á las cuadras, por si había en ellas alguna res suelta ó enredada en sus *peales*; cercioróse de que estaba bien cerrada la portalada; soltó el mastín, que ya le esperaba amarrado á la cadena en su garita, y dejóle dueño del corral, como fiel centinela, no por miedo á sus vecinos, ni quizá á los pocos mal afamados del valle, sino por seguir una costumbre inveterada en él, hija probablemente de ese inexplicable temor que infunde, con sus sombras impenetrables y sus extraños rumores, un monte cercano.

Terminada su ronda, volvió á casa, encerróse en su cuarto, rezó sus oraciones y se acostó, durmiéndose al punto, pues nunca niega sus beneficios el sueño reparador á quien se tiende en el lecho sin dudas en la mente ni espinas en la conciencia.

